

JUAN

Nunca olvidarás el beso que diste por primera vez,
cantan en el radio,
qué va, pienso, no me acuerdo ni a quién se lo di.
Lunas, Sabina Berman

Te llamabas días en que fui feliz.
Yo ya no vivo aquí, Cristina Rivera Garza

Pero tú no *te llamabas días en que fui feliz* y yo era sólo una *reciénllegada*.
Te recuerdo irrumpiendo por la puerta de la cocina que daba al patio.
Entraste mostrando a todas tus caderas y preguntando si tus jeans estaban demasiado ajustados.

Te gustaban las apariciones triunfales, intempestivas, las dicciones perfectas.
Te llamabas Juan, pero podías también haberte llamado Johan o Johanna o Johannesburgo o Johannes Kepler.

Te llamabas Nunca-sabrás-mi-nombre-verdadero, Las-noches-son-invitaciones-a-viajar-al-pasado-de-planetitas-que-inventamos-para-no-morir-de-tristeza, No-pertenezco-al-presente-y-me-exilio-desde-ahora-de-tu-futuro, Mi-infancia-es-una-coladera-una-lengua-que-apaga-colillas-de-cigarro, Mi-memoria-un-boquete-un-cúmulo-un-relámpago-una-herida-imposible-de-suturar-un-desierto-deveras-desierto.

[¿De esto se trata? ¿Quiero contar la historia de cómo una mujer llamada Juan me besó por primera vez en mi vida?

Se trata de escribir un poema lésbico. ¿Pero qué cosa es un poema lésbico?

¿Cómo se escribe?

En todo caso, un poema cuir [*Google* ¿será que ahora sí voy a tener suerte?]:

poemas de amor de mujer a mujer

poemas de amor entre dos mujeres

poemas lésbicos de amor cortos

poemas de una chica para otra chica

poemas de una mujer a otra mujer

poemas de chicas para chicas

poemas de amor para una lesbiana [sic]

poemas de amor de una mujer a otra mujer.

Era 1996 y tú te mudaste apenas dos semanas después de que yo me instalara en una casa de asistencia del puerto.

Sí, todo esto sucede frente a un mar.

Traías *Dos horas de sol* bajo el brazo y *El corazón del tártaro* en la maleta. Como el infortunio o como el amor llegaste con callados pies de trapo [Rosa Montero dixit].



Yo tenía diecisiete y tú diez años más la primera noche que entraste a mi habitación. Pusiste, teatralmente, tu índice en tus labios. Mi compañera de cuarto roncaba. Fuimos de puntillas por toda la casa a oscuras. En la sala, frente a un enorme espejo, nos vi pasar hechas dos sombras que, a hurtadillas, se escabullían del mundo.

Ahí estaban el tintineo farabeufesco, las monedas girando sobre una mesa invisible, las suelas de nuestras sandalias chocando con los escalones, tu mano o la mía sobre el picaporte. Ahí yo, mirándonos huir, como si mi espalda o mi nuca tuviesen ojos, como si no fuera yo la que salía de aquella casa, de madrugada, contigo, hacia quién sabe dónde.

Así que no me digas
que no sabes cómo
ha pasado el tiempo.

Nos encontramos una década después y ahora eres una mujer que se llama Johanna. Te has casado y tienes un hijo, además de un marido y un amante. Pasas dos horas hablándome de una arruga que te ha salido en la frente y yo sólo puedo pensar en lo insoportable que es oírte hablar así. No me digas

que no te das cuenta

que no somos las mismas.

Que no sabes cómo las que fuimos no existen más.

La primera vez que entraste en mí, enmudecí. [Esto no es una metáfora, literalmente enmudecí]. Primero tus dedos en mi boca y después, húmedos, abriéndose paso en mi sexo. No sentí nada. No supe lo que quería de ti sino mucho después, cuando ya era imposible, cuando te habías marchado a otro país, a otro idioma, cuando dejaste de ser Juan para ser Johanna. Una comedia de equivocaciones. Eras una mujer o una mujer y yo nada sabía acerca de besar a otras mujeres, de coger con otras mujeres. Yo tenía diecisiete años¹ y no sabía nada de los cuerpos. Por eso enmudecí.

[O sea que la que escribe esto, la enunciante, miente. *Las enunciantes siempre mienten*, te dices a ti misma mientras recuerdas cómo algo sí sabías de los cuerpos y en específico de los cuerpos desnudos de dos mujeres. ¿Tiene sentido aclarar si esas mujeres eran reales o ficticias? En todo caso, tendría que acotar que tú y yo no éramos la Mariana y María Inés garciaponcescas de mis lecturas adolescentes. Que nunca nos desnudamos una a otra mientras

¹ [*que si eso es el amor
que si eso es el amor
que si eso es el amor
que si eso es el amor*]



bailábamos. Que nunca hubo vestidos
negros que resbalaran de nuestras
piernas perfectas hasta el piso ni
tocadiscos ni copas de vino tinto ni
lluviosas tardes en calles arboladas de
suburbios clasemedieros
aspiracionales].

Lo que podría ver si yo fuera una espectadora en una máquina del tiempo que hubiese viajado al pasado: sales del baño en ropa interior y con una toalla en la cabeza. Yo estoy en la cama viendo cómo te maquillas y te secas el pelo. Al mismo tiempo estoy viéndome verte. Estoy oliendo tu perfume mientras pienso que jamás olvidaré ese instante. Pero todo esto es ficción, lo sabes, ¿cierto? La memoria no puede recordar jamás todos los detalles de lo que en verdad sucedió. Lo que ocurre entonces es que nos invento. Este poema nos inventa. Pero sí existimos, me dice una voz que funge como tuya en mi cabeza: sí estuvimos esa noche en mi habitación y yo bebí cerveza y comí palomitas hasta que me fui quedando un poco dormida. En realidad, estabas borracha, te digo. Estabas un poco ebria y habías fumado mucho. Hiciste que nos recostáramos en la cama y me abrazaste. Insistías una y otra vez en que me quitara las botas, pero yo no quise. Cuando empezaste a girar tu cabeza supe que unos segundos después tu boca estaría en la mía. Tus labios eran muy delgados y sabías a ceniza. Es mentira, no sabes a qué sabían mis labios. Es mentira, sí, pero eran muy delgados. ¿Puedes, en verdad, recordar ese beso? No, ¿y tú? Yo menos. Yo sólo soy una voz en una cabeza que recrea ficcionalmente a la que fui.

Te llamabas Alaska Braslova y era agosto de 1996.
Lo que tu carta dice: *Té amo y no soy lesbiana. Me pregunto
¿qué me habrás escrito? ¿Cómo me habrás mandado al
diablo?*

Pero fuiste tú la que me mandó al diablo doce años después.
¿O fui yo? Eso qué importancia tiene, dice la voz que te presta
voz en mi cabeza. Yo sólo quería escribir un poema para
contar cómo la primera mujer que me besó
se llamaba Juan².

Sara URIBE

² [Lo que te cuento: en realidad quería escribir un poema lésbico que no fuera cursi en el que no necesariamente hubiera erotismo en el que pasaran otras cosas aparte de la trama lésbica en torno a dos mujeres. Un poema lésbico en el que, si había sexo, hubiera dildos.]
Lo que no quería: escribir un poema lésbico que fuera desde siempre una obra negra un ensayo un borrador un fracaso anticipado.



